

E ENTREVISTA. **VERÓNICA GONZÁLEZ**, coordinadora general de la ONG Golondrinas de Mar

"La Golondrina de mar está en riesgo y su mayor amenaza somos nosotros"

La contaminación lumínica, el crecimiento urbano y la falta de conciencia ambiental amenazan la supervivencia de una de las aves más enigmáticas del norte de Chile.

i Por qué es importante entender que no estamos hablando de la golondrina que vemos en campos?

-La golondrina de mar es una especie completamente distinta. Es un ave pelágica, es decir, vive en alta mar casi toda su vida. Solo se acerca a tierra una vez al año para reproducirse. No anida en árboles ni en construcciones, sino en cuevas, salares y zonas desérticas. Eso ya la hace extremadamente vulnerable.

-¿Qué ocurre específicamente en ese momento en que llegan a tierra?

-El problema es que su primer vuelo ocurre de noche. Las crías nacen en estos sitios aislados y, cuando salen del nido, deben orientarse hacia el mar. Históricamente lo hacían guiadas por la luz natural, pero hoy se encuentran con ciudades completamente iluminadas. Esa luz artificial las desoriente, se encandilan, caen al suelo y muchas veces no logran volver a levantar vuelo. Eso es grave, ya que muchas mueren atropelladas, deshidratadas o

atacadas por animales. Otras simplemente no sobreviven porque no logran llegar al mar. Estamos hablando de una mortalidad evitable, causada directamente por la intervención humana.

-¿Dónde se concentra principalmente este fenómeno?

-Las colonias más grandes están en el norte del país, especialmente en sectores como Caleta Buena, cerca de Alto Hospicio. Desde ahí las aves se desplazan hacia el océano, pero en ese trayecto se encuentran con carreteras, ciudades y focos de luz que antes no existían. Es importante entender que no es que ellas se desvien, es que nosotros invadimos su ruta natural.

-¿Existen estudios o políticas públicas que aborden esta problemática?

-Sí, se ha avanzado. Existe el Plan de Recuperación, Conservación y Gestión de la especie, conocido como Plan RECOGE, y también una normativa lumínica que hoy rige en todo el país, con especial énfasis en las regiones del norte. Esta normativa busca regular la intensidad, el color y la orientación de las luces artificiales.

-Muchas personas creen que esto implica apagar las ciudades.



-Ese es un gran mito. No se trata de apagar las luces, sino de iluminar de manera responsable. Usar luminarias adecuadas, dirigirlas correctamente, evitar la sobre iluminación. La luz mal utilizada no solo daña a la fauna, también afecta la salud humana y la observación astronómica.

-¿Hay ejemplos de que esto se puede hacer bien?

-Sí, existen ciudades donde se han implementado luminarias más bajas, con sensores de movimiento y focos dirigidos. Eso mejora la seguridad y reduce el impacto ambiental. No es una utopía, es una decisión técnica y política.

-¿Qué rol cumple la ciudadanía en este desafío?

-Un rol fundamental. Informarse, cuestionar, exigir buenas prácticas y también cambiar hábitos. Pequeñas acciones, como reducir la iluminación innecesaria o reportar malas prácticas, marcan la diferencia. Estas especies son frágiles, silenciosas y esenciales para el equilibrio del ecosistema. Su desaparición sería una señal de alerta sobre el daño que estamos causando. Protegerla es proteger nuestro entorno y nuestra propia forma de habitar este territorio.